

# **EL LARGO CAMINO**

**De la violencia a la paz**

José María Tortosa Blasco



**PUBLICACIONES**

**Universidad de Alicante**





José María Tortosa

# EL LARGO CAMINO

De la violencia a la paz

UNIVERSIDAD DE ALICANTE  
Cátedra Rafael Altamira

© José María Tortosa

© de la presente edición

Publicaciones de la Universidad de Alicante

Campus de San Vicente, s/n

03690 San Vicente del Raspeig

Publicaciones@ua.es

<http://publicaciones.ua.es>

Diseño de portada: Alfredo Candela

Impresión: Publidisa

I.S.B.N.: 84-7908-629-7

Depósito legal: Z-2728-2001

I.S.B.N. eBook: 978-84-9717-075-8

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado –electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.–, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

# ÍNDICE

## Prólogo

1. La investigación para la paz .....	11
2. Las violencias .....	31
Apéndice: Los conflictos en el Ecuador .....	48
3. La perspectiva de los sistemas-mundo .....	55
4. Guerras y guerrillas .....	75
Apéndice: Otra mirada al Plan Colombia .....	92
5. Intervención y acción humanitarias .....	101
6. Guerras por la identidad .....	119
7. Identidades culturales en el Mediterráneo .....	139
8. Cultura de paz .....	157
9. El caso vasco .....	175
10. Una utopía razonable .....	199



## PRÓLOGO

Se ha citado tantas veces que ya casi ha perdido toda su fuerza por exceso de uso. Me refiero al dicho de Gandhi “no hay camino para la paz, la paz es el camino”, formulación brillante, pero no fácil de aplicar. Este libro tiene en cuenta esta máxima y de ahí su título. La paz no es el resultado de una brillante operación, de tipo matemático, mediante la cual se encuentra una igualmente brillante solución a un problema entendido como sistema de ecuaciones. La paz no es un “eureka” del tipo “esto lo arreglaba yo en cuatro días” (añadiendo: si tuviera poder, si estuviese en el gobierno, si mandara en el ejército, si los anteriores me hiciesen caso o similares). La paz es un proceso del que es preciso conocer sus actores, sus posibles metas y estrategias para lograrlas, las dificultades o facilidades ambientales y, por supuesto, lo difícil y frágil que resulta ser en algunos contextos.

Al final de su *Columnas vertebradas. Escritos sobre violencia, política y sociedad en el País Vasco*, Imanol Zubero, colega y destacado miembro de Gesto por la Paz, escribe en palabras que hago mías: “¿Seguiremos buscando la piedra filosofal de la paz y la convivencia tolerante y democrática? ¿Seguiremos buscando el nombre que otorgue identidad a nuestra sociedad plural y compleja? Seguramente sí. ¿Encontraremos la piedra que transmute la realidad en oro y el nombre que nos confiera una identidad común? Seguramente no. Tenemos más preguntas que respuestas, más problemas que soluciones, más deseos que satisfacciones. Lo importante es que, en esa búsqueda, nadie pretenda encontrar respuestas de futuro escuchando a los oráculos del pasado”.

El presente libro recoge algunos de los trabajos escritos desde la Cátedra Rafael Altamira de la Universidad de Alicante a partir de que en 1999, por iniciativa del entonces rector Andrés Pedreño, se dedicara la Cátedra a la investigación para la paz y a su posible transformación en Instituto Universitario de Investigación para la Paz, cosa esta última que requiere su tiempo y procedimientos. Los textos han sido revisados y puestos al día para esta edición y recibieron comentarios de colegas

como Johan Galtung, Mariano Aguirre y Vicent Martínez Guzmán, además del apoyo de los amigos de la Asociación Española de Investigación para la Paz (Aipaz) entre los que cito, sin ánimo de ser exhaustivo, a Vicenç Fisas, Francisco Muñoz y, *primus inter pares*, Jesús María Alemany. Con todos ellos he trabajado en investigación, publicaciones, extensión y docencia regular, en especial en el Programa de Doctorado sobre Paz y Desarrollo de las universidades de Granada y Jaume I de Castellón, en la Diplomatura en Cultura de Paz de la Universidad Autónoma de Barcelona, en el Seminario de Investigación para la Paz del Centro Pignatelli de Zaragoza, además de la colaboración regular con el Centro de Investigación para la Paz de Madrid. Estos trabajos han estado también presentes en el curso sobre “Violencia estructural e investigación para la paz” dentro del Programa de Doctorado “Política social y desigualdades” del Departamento de Sociología II, Psicología, Comunicación y Didáctica de la Universidad de Alicante al igual que en cursos en la Facultad Latino Americana de Ciencias Sociales –FLACSO, sede Ecuador–, en la Universidad de Cuenca, Ecuador, en la Federal de Sergipe, Aracaju, Brasil y en la Autónoma del Estado de México, además de haber sido usados en mi colaboración con el Observatorio sobre la Paz, en Bogotá.

*El largo camino* parte de la metáfora de la medicina para entender los problemas de la investigación para la paz: investigar para la paz tiene rasgos comunes con investigar para la salud. Lo importante, en un caso como en el otro, no es la paz o la salud, sino disminuir el mal de la violencia o de la enfermedad. La paz, como la salud, es un ideal que cobra su sentido precisamente por la existencia de sus contrarios, la violencia y la enfermedad. De ahí se pasa a intentar una serie de diagnósticos sobre las violencias en general y las guerras y guerrillas en particular, con especial atención a las guerras por la identidad ya que, de una manera u otra, el problema vasco está latente en casi todo lo que se aporta aquí, y a él se dedica un capítulo. Esta latencia tiene como objetivo el situar esa cuestión en contextos más amplios para que su discusión no acabe siendo cosa cerrada y claustrofóbica, al tiempo que se pretende que el contexto sirva para entender detalles que, de otra manera, se escaparían a la atención y para ver de encontrar salidas que la crispación política producida después de la tregua no parece facilitar. El dedicarle un capítulo, en cambio, es porque no tendría mucho sentido obviar el problema más fuerte en España (Estado Español, antigua área de la peseta) y centrarse en cuestiones abstractas y lejanas. El riesgo es también claro: el contextualizar irritará a los encerrados en su mundo y que siempre creen ser ab-so-lu-ta-men-te diferentes del resto del Planeta y encuentran odiosa cualquier comparación; pero el abordar la cuestión directamente, irritará a los numerosos “pensamientos únicos” que existen al

respecto y que practican con entusiasmo el cristiano “el que no está conmigo, está contra mí”. Y es evidente, creo, que con quien estoy es con la paz y con los movimientos que la promueven y que no estoy con los intereses de una u otra organización política.

El libro, en su parte básica, se acabó de escribir en plena convalecencia de una mononucleosis infecciosa (“enfermedad del beso”, propia de niños y jóvenes, pero no de gente de mi edad), enfermedad que tuvo en un principio un diagnóstico equivocado (faringitis) a partir del cual se me aconsejó un tratamiento a base de paracetamol, poco amistoso con el hígado que era, precisamente, lo que la enfermedad estaba atacando. Lo cuento porque, si se toma en serio la metáfora de la medicina, no hay que avergonzarse si no sabemos definir con exactitud en qué consiste la paz ya que los médicos tampoco saben definir muy bien en qué consiste la salud. Bastante se hace diagnosticando correctamente la violencia o la enfermedad. Tampoco hay que avergonzarse de que los estallidos de violencia se produzcan “cuando no debieran” según la teoría, ya que lo mismo sucede con enfermedades que se presentan “cuando ya no toca”. Y tampoco hay que avergonzarse de no hacer bien los diagnósticos y no proporcionar los tratamientos apropiados en el caso de las guerras y las guerrillas. Demasiado se hace, en investigación para la paz, si se tiene en cuenta el volumen de fondos dedicados a la misma: A diferencia de la medicina que sí cuenta *a su favor* con una boyante (y corruptora, todo hay que decirlo) industria farmacéutica, la investigación para la paz cuenta *a su contra* con la existencia de una no menos boyante y corruptora industria del armamento y algunos, más o menos inesperados, compañeros de viaje. Y no se diga lo que se dedica a una de las tareas más serias al respecto que sería la prevención de la violencia, asunto que espero sea el objeto de mi próximo libro.

Agradezco a Masun Martínez que me aguantara tan cariñosamente durante las largas semanas de reposo abstemio a las que me vi sometido durante la mononucleosis y a los compañeros de Departamento Antonio Alaminos, Antonio Antón, Enric Bas, Eva Espinar, Cristina López y Clemente Penalva que, cada cual a su manera, me echaran una mano en las actividades que tuve que abandonar, en particular en el desarrollo del II Ciclo sobre el País Vasco dedicado a “Perspectivas de paz” que se organizó desde la Cátedra Rafael Altamira con el Vicerrectorado de Extensión Universitaria y en el de otro ciclo de conferencias dedicado al caso de Chiapas.

Para llegar a la salud también ha habido que recorrer un largo camino que hubiera ido por otros derroteros, fueran los que fuesen, si no hubieran intervenido estas y otras personas, en particular el otorrinolaringólogo Juan José López Rico, amigo de los últimos 20 años, que sí hizo el diagnóstico correcto y propuso la terapia apropiada. A él es de

justicia que dedique el libro. Y, ya puestos, hago extensiva la dedicatoria a mis otros médicos: a Luis del Castillo, única persona que me deja con la boca abierta (es mi odontólogo), a Angel Rami, que es quien más me ayuda a ver estas cosas con claridad (es mi oftalmólogo), a Julia Blasco, mi psiquiatra, que no psicoanalista (me resulta simpático Woody Allen por muchos motivos, pero no hasta ese punto) y al cirujano José Rego, compañero rotario, que me exploró y ayudó en un diagnóstico, pronóstico y terapia bien concretos, en sitio y tiempo apropiados, y que, por fortuna, dio negativo. Aunque ellos no lo crean, de la práctica de estos médicos y amigos he aprendido mucho. He visto lo importante que es, cuando se busca la salud, el conocimiento científico: el estudio, la investigación, la asistencia a congresos. Pero he visto que también hace falta ojo clínico, esa capacidad, que no da la Universidad pero sí la vida y la experiencia, de intuir dónde está el problema y cuál es el diagnóstico correcto. Finalmente, he aprendido que ciencia e intuición no son suficientes: que hace falta una afectuosa preocupación por el enfermo (o paciente) trufada de un sentido del humor, irónico las más de las veces, que permita tomar distancia ante los problemas que la práctica médica presenta cada día, distancia necesaria para mantener el propio equilibrio, pero también para que la ciencia y la experiencia puedan realmente servir para algo. Justo es que les agradezca estas enseñanzas impagables. Tal vez mi ironía sea más que suficiente. Y procuro que mi ciencia aumente. Pero es obvio que me falta un largo trecho para tener el buen ojo clínico que ellos tienen: ése es, en términos personales, otro largo camino que queda por andar y que espero poder andar.

Malcocinado (Badajoz), 24 de junio de 2001

## 1. LA INVESTIGACIÓN PARA LA PAZ

El camino que va del conflicto a la violencia es un camino fácil. Tiene a su favor multitud de factores que van desde la industria del entretenimiento a la industria armamentística. Y como el conflicto es consustancial a la sociedad humana, la violencia acaba siendo cotidiana. Ante ella, lo realista, en la peor de las hipótesis, es adaptarse y, en la mejor, procurar aprovecharse en beneficio propio. Convivir con la violencia significa pensar en términos de leyes, policía y ejército. Con la particularidad de que estos dos últimos pueden ser tanto privados como públicos. Aprovecharse de la violencia también quiere decir muchas cosas: significa dedicar fondos (rentables) a su gestión, investigar para “evitarla” (*si vis pacem para bellum*), utilizar su fantasma para conseguir votos, dirigirla a los objetos “apropiados” (minorías, diferentes, estigmatizados) para mantener el “orden” pagando el precio de la violencia y así sucesivamente.

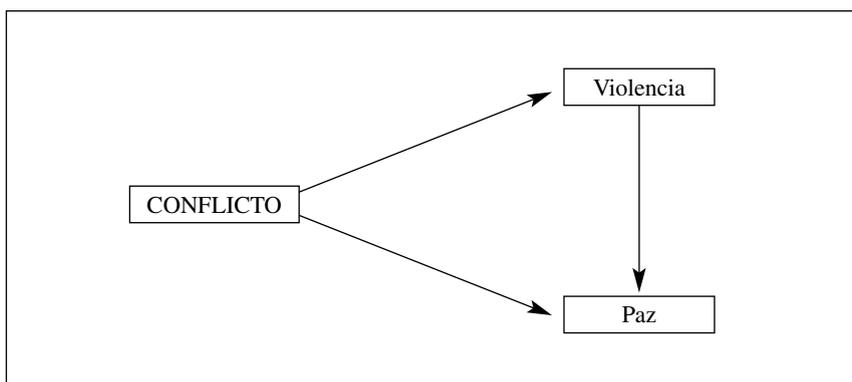
El camino que va del conflicto (inevitable, recuérdese) a la paz es mucho más complicado. Afrontar los conflictos con medios pacíficos (*peace by peaceful means*, según el título del libro de Johan Galtung), si bien es práctica común en la historia de la humanidad, no es, sin embargo, lo que se ha hecho, por definición, en los grandes episodios de violencia que conoce la humanidad y que van desde la violencia cotidiana, doméstica, a los genocidios o las guerras. Estos episodios, y no otras consideraciones, son los que hacen aparecer un enfoque como el de la investigación para la paz. No es cuestión ahora de hablar de las otras violencias (la violencia que supone la pobreza y el hambre a escala mundial; la violencia practicada contra las costumbres, normas y valores de un grupo; la violencia estructural y cultural respectivamente, si se quiere). Sí se trata de levantar acta de los innumerables elementos que favorecen el paso del conflicto a la violencia, violencia que tiene su caldo de cultivo en numerosos factores que habrá que describir y analizar.

Queda, entonces, el camino que va de la violencia a la paz: de lo que se trata no es de prevenir la violencia afrontando el conflicto, tarea

importantísima, poco frecuente y para la que no se encuentran recursos comparables con los que se encuentran para prevenir la violencia mediante la violencia (*si vis pacem para bellum*). De lo que se trata es de hacer las paces a partir de la violencia y mantener la paz una vez conseguida, con todos los problemas que, en la actualidad, está planteando el llamado intervencionismo humanitario y que será objeto de atención más adelante, en el capítulo 5.

El gráfico 1.1. intenta hacer ver los caminos que se abren a partir del conflicto.

**Gráfico 1.1. Del conflicto a la paz**



Es obvio que el camino más corto es el que lleva del conflicto a la paz, pero aquél cuyo análisis resulta ser más urgente es el que va del conflicto a la paz, *pasando por la violencia* aunque sin quedarse en ella. Es conveniente procurar considerar los tres elementos y no quedarse en la tradición de los “violentólogos”, como fueron llamados durante mucho tiempo en Colombia los expertos en la tipificación y cuantificación de la violencia sin parar mientes en el conflicto subyacente ni en los caminos hacia la paz. Pero afirmar el valor de la paz, como si de un mantra se tratara, tiene los mismos efectos, es decir prácticamente nulos, que en el caso de los violentólogos. Los “pazólogos” (como también en Colombia se les comienza a llamar) que no miran a los conflictos y se olvidan de la violencia y de su carácter autoreproductor pueden, a la larga, ser tan improductivos como aquellos de los que quieren diferenciarse, por más que su tarea sea (y es) muy respetable desde el punto de vista de la producción académica o científica.

## 1.1. La paz y la salud

Es evidente que la situación normal (en el sentido de más frecuente) de la humanidad es la situación de paz. Se trata de la “paz imperfecta” a la que hacen referencia los trabajos del Instituto de la Paz y los Conflictos de la Universidad de Granada. Y es obvio que la paz puede ser (y es) un objeto de tratamiento científico como cualquier otro<sup>1</sup>: se puede hacer (y se hace) historia de la paz<sup>2</sup>, filosofía de la paz<sup>3</sup> y hasta se podría hacer sociología de la paz, cosa que, por cierto, no es muy frecuente. Pero no es ésa la perspectiva que se va a adoptar en este libro. La metáfora que sirve para describirla es, como se ha dicho, la de la medicina. En lo que sigue, se puede sustituir, mientras no se diga lo contrario, paz por salud y salud por paz sin que se altere de forma significativa el sentido de la frase.

Comencemos por una constatación sencilla: para qué sirve discutir sobre qué es la salud (o la paz, recuérdese). Parece obvio que es para tener claro hacia dónde se va o se pretende ir: la salud es un horizonte normativo, un fin para la acción posible, una meta hacia la que dirigirse. Pero, dicho así, no tiene mucho sentido detenerse indefinidamente en su consideración, elaboración y análisis, excepto en dos casos por lo menos. Uno, el de servir para proponer medidas preventivas (*early warning systems*, sistemas de alarma temprana) y, dos, intervenir, mediante la educación sanitaria (educación para la paz) de forma que las personas no sólo eviten la enfermedad (la violencia) sino que sean capaces de llevar una vida saludable (pacífica). Pero parece claro que se discute y se trabaja en sociología de la salud o psicología de la salud precisamente porque hay enfermedad. Si no, no habría problema. Ni existiría la disciplina o área en cuestión.

Además, el objetivo de la medicina no es acabar con la enfermedad en el mundo (el objetivo de la investigación para la paz no es acabar con la violencia o la guerra en el mundo). En la dura batalla entre microbios y humanos, batalla en la que los primeros tienen todas las de ganar a largo plazo, la cuestión no es cómo acabar definitivamente con aquellos. En primer lugar, porque los microbios son necesarios (y tal vez algunas formas de violencia, si no necesarias, sí pueden ser comprensibles y hasta deseables en determinados contextos y desde determinadas perspectivas ideológicas, como después se verá). En segundo lugar, porque no es un objetivo realista (no es realista pedir lo imposible, dijeran lo

---

1. Ver Martínez Guzmán, V., “Saber hacer las paces. Epistemología de los Estudios para la Paz”, *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales* (Universidad Autónoma del Estado de México), VII, 23 (2000), págs. 49-96.

2. VV.AA., *Historia de la paz. Tiempos, espacios y actores*, Muñoz, F.A. y López Martínez, M. (eds.), Granada, Universidad de Granada, Eirene, 2000.

3. Como la ya citada obra de Vicent Martínez Guzmán.

que dijeran los estudiantes en el París de mayo del 68). En tercer lugar, porque el problema de la salud no se reduce a los microbios, ni el problema de la paz se reduce a la violencia directa. Guste o no guste, y más con los magros medios de que se dispone para el empeño, la violencia seguirá existiendo. Ante ella, lo razonable no es negarla o pretender suprimirla sino, como se ha dicho, intentar curar al enfermo: intentar reducirla, mitigarla, transformarla, canalizarla y, una vez hecho esto, procurar que no se produzcan recaídas por culpa de no haber visto las causas que la han producido. Si el objetivo de la medicina no es acabar con la enfermedad en el mundo, sino curar enfermos concretos, el objetivo de la investigación para la paz no es acabar con la violencia en el mundo, sino aportar su grano de arena a la solución, gestión o transformación de los conflictos que han llevado a la violencia después de haberla reducido o hecho desaparecer si es que se puede.

Si esto es así, no tiene por qué extrañar que la investigación para la paz, como después se verá con algo más de detalle, implique las tareas de diagnosticar el problema (el conflicto, sus condiciones ambientales, sus antecedentes), hacer un pronóstico y proponer un tratamiento para el problema que, ahí sí, ha tenido que ser definido en términos de la salud o de la paz, es decir, en los términos en que se haya apartado de la situación deseable.

No todos somos otorrinolaringólogos. En la investigación para la paz hay también división del trabajo y no tiene sentido que todos hagan lo mismo y todos hagan todo. Hay, ciertamente, educadores para la paz que cumplen con las tareas de la educación sanitaria: enseñar el valor de la paz, enseñar a hacer las paces, enseñar a gestionar los conflictos de forma no violenta etcétera. Y están los que más cerca se encuentran de los movimientos por la paz: los que se preocupan por las terapias o tratamientos, los pacificadores, los mediadores, los movilizadores, los agitadores si se quiere, los que buscan soluciones prácticas y concretas a situaciones igualmente concretas, los que practican la medicina clínica. Y están, finalmente, los que se dedican a las ciencias auxiliares de los anteriores y que son, por un lado, los estudiosos de la paz, los que tienen a la paz como su objeto de estudio y elaboran ese fin, meta, objetivo o valor de forma intersubjetiva y coherente y, por otro, los que proporcionan descripciones de la anatomía (la estructura), la fisiología (el sistema), la patología (tipologías, taxonomías) y la farmacología (los remedios disponibles). El presente libro es sólo y nada más que una introducción a la patología con algunas incursiones a otros campos, pero siempre pensando que a alguien le será útil para afrontar el problema del enfermo concreto (no hay enfermedades, sólo enfermos). Pero, antes, algunas observaciones sobre el estado de la cuestión en la investigación para la paz contemporánea.

## 1.2. Situación actual

Para indicar brevemente cuál pueda ser la situación actual de la investigación para la paz, se han buscado algunas referencias que pueden cubrir el campo tanto geográfica como temáticamente. Sin ánimo de haber logrado ser exhaustivo, las fuentes utilizadas han sido las que aparecen en el cuadro 1.1.

**Cuadro 1.1. Fuentes para la descripción de la situación actual**

1. Regine Mehl, Bonn (1998)  
www.gu.edu.au/centre/cmp/Mehl.htm
2. Paul Rogers y Oliver Ramsbotham, Bradford  
Globalización y sistema internacional. Anuario CIP 2000, Barcelona, Icaria, 2000, 11-35.
3. Dorothy Thompson, New Internationalist (1999)  
www.oneworld.org/ni/issue309/peace.htm
4. Bret Lortie, USA  
The Bulletin of the Atomic Scientist, marzo-abril 2000, 53-56.
5. Arun Gandhi, India (1999)  
www.gandhiinstitute.org/nonvio21.htm

Con esta cobertura no se pretende decir que la investigación para la paz sea o tenga que ser la misma en todo el mundo. Más bien sucede lo contrario, que cada lugar tiene sus peculiaridades, como, en España, cada centro dedicado al tema tiene sus prioridades<sup>4</sup>. Lo que se pretende, no decir, sino hacer, es dar una visión lo más general posible, aun sabiendo que se dejan fuera perspectivas continentales importantes como la latinoamericana y la africana y que las aquí presentadas no representan necesariamente el sentir más difundido en su territorio. De todas ma-

4. Ver también, con un mayor énfasis en los elementos internos, particularmente académicos, que influyen en la agenda, Muñoz, F.A. y Rodríguez Alcázar, F.J. “Una agenda de la investigación para la paz” en VV.AA., *Cultivar la paz. Perspectivas desde la Universidad de Granada*, Rodríguez Alcázar, F.J. (ed.), Granada, Universidad de Granada, Instituto de la Paz y los Conflictos, 2000, págs. 27-52, y, con un mayor énfasis en la interacción con el contexto cambiante y con las necesidades de dar respuesta a los nuevos retos externos, Alemany, J.M., “La paz en situaciones de crisis prebélica”, *Sal Terrae*, octubre (2000), págs. 739-756. En ambos casos se aportan sugerencias que aquí no se encuentran.

neras, antes de sacar nuestras propias conclusiones a partir de este material, conviene dar algunas referencias adicionales sobre dichos textos.

1. El texto de Regine Mehl (“Culture, culture of peace and the nonviolent development of participating citizenship - Remarks on the state of the art in Germany and Europe”), del *Centro de Información sobre la Investigación sobre la Paz* de Bonn, es, explícitamente, un texto que pretende describir los cambios producidos en la investigación para la paz europea desde 1990.

2. Un propósito parecido tiene el trabajo de Paul Rogers y Oliver Ramsbotham (“Entonces y ahora: Pasado y futuro de la investigación para la paz”) que había sido publicado anteriormente en *Political Studies*. Los autores trabajan en la *Facultad de Estudios para la Paz* de la Universidad de Bradford, Reino Unido.

3. La historiadora Dorothy Thompson, casada con E.P. Thompson que fue portavoz de CND –Campaña para el Desarme Nuclear– y de END –Desarme Nuclear Europeo–, trabajó hasta su jubilación en la Universidad de Birgmingham y ahora se dedica al movimiento por la paz. Sus notas se refieren a la evolución del movimiento durante este siglo, “en el que el militarismo fue efectivamente desafiado por primera vez en la historia humana”, pero no es muy optimista sobre la situación actual en la que actitudes de “macho” para pretendidamente “solucionar” rápidamente los problemas son más frecuentes y dominantes que las propuestas de resolución lenta y no violenta de los conflictos.

4. Bret Lortie, del equipo editor del *Bulletin of the Atomic Scientist*, intenta describir qué ha sido del movimiento por la paz en el cambio de siglo partiendo de la constatación de que el movimiento por la paz ha disminuido, en los Estados Unidos, a lo largo de la última década. Obsérvese que no dice que el valor de la paz haya perdido vigencia o difusión (en cierto sentido, “todos” estamos de acuerdo en defender la paz), sino que los movimientos sociales organizados en torno a dicho valor ya no tienen la fuerza que tuvieron, por ejemplo, durante la crisis de los euromisiles, por no decir durante la guerra del Vietnam. Ahora son otros temas los que movilizan.

5. Finalmente, Arun Gandhi, que se presenta como “nieto” del Mahatma y miembro del *Instituto M.K. Gandhi para la Noviolencia*, plantea los retos para la promoción de la no violencia frente al siglo XXI.

¿Cuáles pueden ser las conclusiones que se extraen de esos textos sobre la situación actual de la investigación para la paz? Veámoslas de forma esquemática.

Antes que nada, parece haber un cierto consenso en que la investigación para la paz destaca sobre otras disciplinas o ciencias sociales por su particular sensibilidad a las condiciones del contexto. Si, como es sabido, la investigación para la paz, por definición, tiene la pretensión de

incidir en la realidad circundante directamente o a través de sus relaciones con los movimientos sociales en general y con los pacifistas en particular, cualquier cambio en ese contexto tendría que tener consecuencias visibles en el contenido, métodos y teorías en las que se basa. En este sentido, es obvio que ha habido dos cambios muy fundamentales que explican la situación actual, a saber, por un lado, la proliferación de conflictos armados dentro de los Estados y la relativa disminución de las guerras clásicas, es decir entre Estados, y, por otro, la desaparición de la política de bloques o del enfrentamiento de los Estados Unidos y Rusia y sus respectivos satélites, asuntos que serán recurrentes a lo largo del presente libro.

Ambos fenómenos están relacionados, pero no parece correcto atribuirles relación de causalidad: los datos se encargan de refutar la hipótesis según la cual la actual proliferación de conflictos intraestatales se debe al colapso de la Unión Soviética, excepto, claro está, para el territorio ocupado por el antiguo imperio ruso. Más bien parecería que ambos tendrían como factor en común una serie de fenómenos más generales que son el proceso de globalización histórica o mundialización (es decir, el proceso que ha llevado a la extensión del capitalismo hasta ocupar todo el mundo), el de la globalización contemporánea o globalización (es decir, y básicamente, la explosión de la economía financiera y de la economía del armamento típica de las fases B –decrecientes– de los llamados ciclos Kondratiev) y el globalismo o neoliberalismo o “pensamiento único” (es decir, la ideología que da el salto de lo positivo a lo normativo y que dice que esos procesos no deben ser alterados y, si acaso, lo que deben ser es acelerados).

La tendencia a la proliferación de los conflictos intraestatales, como después se verá con más detalle sobre todo en el capítulo 4, era ya observable a principios de los años 70, pero se acelerará a partir de 1989<sup>5</sup> de forma que en 1999, según algunos cálculos, de los 27 conflictos armados importantes que se produjeron en el mundo, sólo 2 eran entre Estados. El asunto tiene interpretaciones muy dispares. Es razonable, en todo caso, suponer que la política de bloques y su “destrucción mutua asegurada” fue un factor, paradójicamente, de estabilidad y que la presión ejercida por los bloques retrasó la solución de multitud de problemas surgidos de la descolonización que fue utilizada, tanto en términos del wilsonianismo como del leninismo, en función de los intereses de las potencias hasta el punto de apoyar regímenes ineficientes, corruptos y depredadores con tal de que sirvieran a los intereses de las superpotencias. Una vez desaparecida esa confrontación, los líderes han se-

---

5. Pfetsch, F.R. y Rohloff, Ch., “KOSIMO: A databank on political conflict”, *Journal of Peace Research*, XXXVII, 3 (2000), pág. 383.

guido siendo ineficientes, corruptos y depredadores, pero ya sin el apoyo (ni la contención) de su respectivo “padrino”.

Dentro de la tendencia general a la “des-estatalización” que comporta la tríada globalización-mundialización-globalismo, hay que añadir el fenómeno del terrorismo internacional. El entonces presidente de los Estados Unidos, Bill Clinton, era bien explícito al respecto al reconocer, en su discurso sobre el ataque a las supuestas bases terroristas en Afganistán y a las todavía más supuestas instalaciones para la fabricación de armas químicas en Sudán, en agosto del 98, que la red de Osama bin Laden (antes ayudado por los Estados Unidos mientras se enfrentó al Ejército Rojo que defendía al régimen comunista de Kabul) era “una red que no está patrocinada por ningún Estado, pero que es tan peligrosa como cualquiera de las que afrontamos”<sup>6</sup>. El caso concreto es particularmente problemático, pero no exime de la constatación de este tipo de movimientos trans-estatales.

Finalmente, hay una tendencia, tal vez minoritaria, tal vez incipiente, hacia la privatización de lo que otrora fue “el monopolio del uso legítimo de la violencia”, una privatización de la violencia legítima, y no sólo en términos de policía que, en el caso de los Estados Unidos, ya supone un mayor presupuesto la privada que la pública con la evidente consecuencia del clasismo en las víctimas del delito. Con fuentes de Time, Washington Post y The Guardian, el Equipo Nizkor publicó un reducido, pero sintomático informe sobre lo que ellos llamaron la “privatización de la guerra”, dentro de la política dictada por el globalismo o neoliberalismo, y para la que ya hay empresas privadas dispuestas a ofrecer sus servicios militares para Bosnia o Kosovo<sup>7</sup>.

No es momento de detenerse en estos asuntos ahora<sup>8</sup>, aunque sí de expresar algunas dudas sobre el futuro de la moda de hablar de estos vocablos. De hecho, “las modas dominantes son las de los países dominantes” y hay indicadores de que la nueva Administración estadounidense, la de Bush hijo, está reemplazando la globalización de tiempos de Clinton por una idea más bien extrema de los intereses nacionales de los Estados Unidos<sup>9</sup>. De todas formas, estos vocablos volverán a ser utilizados a lo largo de este libro: el que puedan pasar de moda no excluye su uso,

---

6. *International Herald Tribune*, 21 de agosto, 1998, pág. 12.

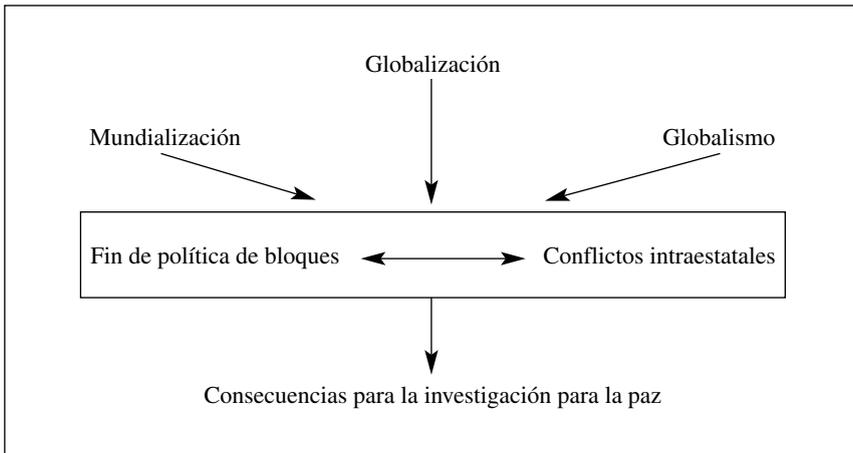
7. Equipo Nizkor, “Los Estados Unidos y la ayuda militar: la privatización de la guerra”, *Rebelión*, 24 de junio, 2000, [www.rebellion.org/ddhh/eeuu\\_privatizacion150600.htm](http://www.rebellion.org/ddhh/eeuu_privatizacion150600.htm). Ver, también, Lilly, D., “La privatisation du maintien de la paix: perspectives et réalités”, *Forum du Désarmement*, 3 (2000), págs. 57-67.

8. Ver Tortosa, J.M., *El juego global. Capitalismo y pobreza en el sistema mundial*, Barcelona, Icaria, próximo 2001.

9. Gray, J., “Goodbye to globalisation”, *The Guardian Weekly*, 8-14 de marzo, 2001, pág. 13.

si es conveniente para el argumento, del mismo modo que se utilizaban antes de estar de moda<sup>10</sup>. Sea como fuere, el esquema general sería el del gráfico 1.2. y de él se van a derivar las características de la investigación para la paz contemporánea.

**Gráfico 1.2. Factores que influyen en la situación actual**



La investigación para la paz, en sus comienzos, fue, básicamente, un tipo de enseñanza del derecho internacional con inspiración religiosa como la de los cuáqueros o los menonitas y, posteriormente, los bahá'ís. Si se prefiere, se trataba del “estudio de las relaciones internacionales con un horizonte normativo” que sólo algunos escandinavos y británicos unieron a la actividad sociopolítica. Este enfoque se encuentra, en la fecha simbólica de 1989, con una revolución pacífica y popular que casi nadie (si alguien) había previsto y que poco tenía que ver con los esquemas clásicos centrados en el Estado, los gobiernos y la diplomacia, se llevaba por delante el paradigma básico con que había funcionado durante sus primeros años de existencia, a saber, el del conflicto Este-Oeste. Aquellas “relaciones internacionales” que mejor hubiese sido llamar relaciones intergubernamentales o interestatales, prácticamente dejaban de lado, en especial en algunas de sus variantes “realistas”, lo que había “dentro” de los Estados, a saber, economía, cultura o sociedad.

10. Tortosa, J.M., *Sociología del sistema mundial*, Madrid, Tecnos, 1992.

En su lugar, va emergiendo lentamente el paradigma de investigación centrado en los ahora dominantes conflictos dentro del Estado, “étnicos”, “culturales” y hasta “tribales” con una mayor incidencia en la prevención del paso del conflicto a la violencia que en la resolución no-violenta del conflicto, en algunos casos porque el conflicto armado, tal y como se presenta, se ve como prácticamente irresoluble al incluir muchas más variables que las que el limitado paradigma “Este-Oeste” parecía incluir. El caso clásico, en la Península Ibérica, es el vasco y eso que es un conflicto particularmente sencillo, con pocos actores y pocas variables en términos relativos, pero no por ello menos excepcional, como se irá viendo.

Si se quiere, de “relaciones internacionales con un horizonte normativo” se está pasando a “ciencias sociales y humanas (antropología, filosofía, psicología, ciencia política, etc.) con un horizonte normativo”. Los actores y los asuntos que ahora aparecen como más importantes en la investigación para la paz son otros, muchos de ellos sub-estatales.

Ahora bien, si el riesgo durante la Guerra Fría fue no darse cuenta de los factores internos en las sociedades cuyos conflictos mutuos se analizaban, ahora el riesgo puede ser el centrarse en esos factores internos de los llamados conflictos armados intraestatales sin darse cuenta del enorme papel que juegan intereses y actores externos a la sociedad en la que se está produciendo el conflicto aparentemente intraestatal. De hecho, vuelve a ponerse en discusión la diferenciación rígida entre factores externos e internos. Si bien puede aceptarse tal distinción en el vocabulario como medio de indicar el predominio de una dimensión u otra, no por ello hay que creer que lo “interno” y lo “externo” forman parte de conjuntos totalmente disjuntos. En esto, como en el asunto de la globalización (global-local), no conviene exagerar ni separar ninguno de los dos términos. Desde este punto de vista, igual que nunca hubo guerras *solamente* internacionales (el viejo paradigma de Clausewitz incluía al gobierno y al ejército, pero también, en su “trinidad”, al pueblo), ahora no puede decirse que haya conflictos armados *solamente* intranacionales, internos.

Las llamadas “guerras de los diamantes”, como es el caso de Sierra Leona pueden ser un buen ejemplo de ello, con Presidentes de países vecinos involucrados personalmente y para beneficio personal en el conflicto y con empresas europeas y potencias de la llamada “comunidad internacional”, es decir, de los países centrales, involucradas en las relaciones e interacciones entre todos los actores<sup>11</sup>.

---

11. Parker, Andrew y otros, “The deadly scramble for diamonds in Africa”, *Financial Times*, 10 de julio, 2000. La serie completa de reportajes sobre el papel de los diamantes en la guerra se puede ver en [www.ft.com/diamonds](http://www.ft.com/diamonds). Para la acusación contra los presidentes de Liberia y Burkina Faso de haber estado involucrados privadamente en el comercio de armas por diamantes ver *International Herald Tribune*, 2 de agosto, 2000.

Una tentación bien probable ante asuntos tan obviamente complejos o, en todo caso, más complejos que el modelo de la Guerra Fría, la guerra del Vietnam o la crisis de los euromisiles, es retirarse al academicismo, cortando las relaciones con los movimientos sociales y ONGs y reduciendo el campo de indagación a lo “políticamente correcto” e intelectualmente asequible, es decir, simplificado y sin ninguna pretensión de incidencia sobre la realidad, sus conflictos y su eventual trascendencia o resolución por medios no violentos. La investigación para la paz practicada en las universidades no tiene por qué estar inmune a la tentación de construir y residir en una “torre de marfil”.

Esta tendencia se agrava por otra derivada del fin de la política de bloques. Si, por un lado, durante la Guerra Fría siempre podía existir la sospecha de quién financiaba a quién, es decir, de hasta qué punto el movimiento pacifista occidental podía ser financiado por los comunistas o ser “hasta un cierto punto, instrumentos de la política exterior soviética”, como plantea explícitamente la comunista Thompson en el texto arriba citado, acabados los bloques lo que sucede es una caída vertiginosa en la financiación de los centros de investigación para la paz en los países aquí considerados hasta el punto de poner en peligro la existencia de algunos de ellos con cuyo cierre se amenaza o se practica. La relativa excepcionalidad de España tendría que ser objeto de reflexión adicional no sea cosa que se deba a la inocuidad de mucho de lo que se está haciendo.

Una posible reacción de la investigación para la paz es, dentro del academicismo, hacerse irrelevante para la solución pacífica de los conflictos y hacerse convencional sin poner en discusión el statu quo. Hay muchos casos en los que la investigación ha sido cooptada por parte de los financiadores de forma que responda a los intereses de éstos que ya no son los de la Guerra Fría pero que sigue siendo, en el caso de los gobiernos, el de la continuación de la política exterior por otros medios, como también sucede en el campo de la cooperación al desarrollo. Los análisis existentes sobre la utilización del “desarrollo” y de la “paz” como herramientas de política exterior de los gobiernos (centrales, autonómicos, locales) tendrían que hacernos más cautos incluso ante la financiación, no sólo escasa, sino, además, menguante como se ha dicho.

En esta nueva situación geopolítica, académica y económica, cobran todo su sentido las anteriores críticas levantadas desde el campo feminista al igual que los planteamientos clásicos, pero entonces minoritarios, que propugnaban la inclusión de los problemas de violencia estructural (pobreza, injusticia, explotación, opresión, represión, etc.) en los análisis de los conflictos al igual que la dimensión medioambiental (recursos, impacto).

Hay un asunto que merecería una discusión *ad hoc*, y es la cuestión de la cultura y que se ha convertido en centro de análisis y de propuestas. Aunque se dedicará a la cuestión todo un capítulo (el octavo), es preciso levantar acta aquí de la ambigüedad de ambas propuestas, a saber, la cultura como elemento central para analizar el conflicto y la cultura como parte –por ejemplo como “cultura de paz”– de las terapias. Ambas tienen elementos sin duda válidos, pero han sido a veces presentadas como “la” perspectiva correcta de tal modo que casi se convierten en un nuevo reduccionismo, esta vez idealista, tan estéril como los viejos reduccionismos materialistas.

Un caso particular en el que la cultura de paz cobra todo su sentido positivo es el vasco. A estas alturas, es obvio para muchos, aunque no para todos, que el conflicto no tiene solución policial-militar. La policía podrá cumplir con su papel de mantener el orden público, pero eso no es solucionar el conflicto, como sabemos. Y creer que la policía acabará con los causantes de la violencia es ingenuo o interesado, pero no razonablemente esperable. También a estas alturas comienza a hacerse evidente que el conflicto no tiene solución política si por tal se entiende el resultado de la actividad de los partidos políticos. Éstos, casi por necesidad o por la necesidad típica del dilema del prisionero, se encuentran a abocados a juegos de suma-cero o de gana-pierde: los votos que uno gana es porque los ha perdido el otro y viceversa, con lo que la estrategia óptima en tal juego es atacar al contrario para que sus votos disminuyan (si los míos no aumentan correlativamente porque son votos que van a la abstención, no importa; lo que importa es el total de votos emitidos, con lo que es suficiente que los votos del contrario disminuyan sin necesidad de que aumenten los propios). Sin embargo, la paz es un juego de suma-positiva o de gana-gana: todos (insistimos, todos) tendríamos que ganar con ella, y para ello sería necesario un desarme verbal como mínimo... Desarme que es incompatible con el juego de suma-cero de la contienda electoral. ¿Quiere esto decir que no hay nada que hacer? No. De nuevo nos encontramos, como en la investigación para la paz clásica, con los movimientos sociales independientes (Gesto por la Paz, Elkarri, etc.) y con la llamada sociedad civil no financiada: es ahí donde el trabajo se hace urgente en el sentido de promover una cultura de paz frente a la dominante cultura de la violencia, cosa que, por supuesto, hay que intentar combinar con encuentros, diálogos, mediaciones, diplomacias paralelas, manifestaciones, publicaciones, manifiestos y todos los instrumentos que puedan pensarse al margen de las policías, los ejércitos y los partidos políticos.

Pero volviendo al tema más general, la investigación para la paz de la época de la Guerra Fría mantuvo siempre relaciones reales, aunque bien complejas, con los movimientos sociales en general y con los mo-

vimientos por la paz o pacifista en particular. Sin embargo, caído el Muro, estos últimos movimientos tienen cada vez menos miembros, consiguen mucha menor financiación y su nivel de activismo anda buscando causas en que manifestarse (Tormenta del Desierto, Kosovo, Bosnia) pero con niveles claramente decrecientes del mismo. Los movimientos, ahora, como se vio en Seattle y, en diversos lugares, en el 1.º de mayo de 2000, y después en Washington, Praga, Davos, Porto Alegre, etc., se orientan más hacia otros asuntos (la globalización, la deuda externa, los talleres de la explotación de niños o mano de obra esclava y similares). Frente a ello, la investigación para la paz, que ya arrastraba una vieja polémica entre minimalistas (dediquémonos a la resolución del conflicto concreto) y maximalistas (dediquémonos a entender el conflicto en todas sus variables y todos sus actores para así poder colaborar en su resolución), se hace todavía más maximalista incluyendo en su definición de paz el desarrollo, el medio ambiente, la democratización, los derechos humanos además de los elementos clásicos de la época anterior. No se sabe bien si se trata de mantener “clientela” ampliando la oferta o si se reacciona ante cuestiones solamente intelectuales o académicas. En todo caso, no deja de ser sintomática la presencia de contrarios a la “globalización” entre los acompañantes de la “marcha por la dignidad” de los zapatistas hacia México D.F. en marzo de 2001. Y, todo hay que decirlo, se inscribe en una tendencia observable en otros campos como sucede con el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional que abandonan su reduccionismo economicista y amplían sus intereses hacia el medio ambiente, la pobreza, la gobernabilidad (la corrupción) y hasta acaban dando la voz a los pobres y reconociendo el papel del Estado en los procesos de desarrollo.

Hay dos redescubrimientos recientes de elementos que ya estaban en la investigación para la paz de la etapa anterior pero que ahora cobran mucha mayor importancia. En primer lugar, el volver a plantear la dimensión personal en el problema de la paz. Es volver a descubrir los gandhianos *shanti* y *ahimsa*, como elementos de una revolución que tiene que empezar en el corazón de los seres humanos embarcados en una *satyagraha*, una búsqueda personal de la Verdad que supone el que la noviolencia sea lo natural en un ser civilizado y la violencia sólo sea un comportamiento aprendido, como dice Arun Gandhi en el texto citado, siguiendo los dichos del Mahatma.

En segundo lugar, el impulso que ha tomado la educación para la paz dentro de la investigación para la paz que, en el modelo semi-autista, semi-feudal de la Guerra Fría, podía tener un sentido más restringido pero que en la proliferación de conflictos intraestatales adquiere una importancia mucho mayor. Es obvio que también este proceso puede ser manipulado y convertir la cuestión de la paz en algo en el que nada tie-

nen que decir los viejos conceptos de imperialismo, colonialismo y neocolonialismo y sí en la transmisión de aquellos valores que mejor defienden el statu quo y nada tienen que ver con la rebeldía y la crítica del orden imperante, cosa de particular importancia si se pretenden conseguir los cada vez más reducidos fondos para el trabajo por la paz y que contrastan con los gastos dedicados a la guerra.

En la confluencia entre redescubrimiento de la dimensión personal y del papel de la educación para la paz tiene sentido la proliferación de líneas de trabajo basadas en el individuo, en su pacificación interna (mental, espiritual) y en la promoción de actitudes no violentas hacia el exterior humano y no humano<sup>12</sup>.

De forma muy esquemática, la situación puede resumirse en el cuadro 1.2. mediante los siguientes elementos, de los que fácilmente puede deducirse que los retos de la investigación para la paz son particularmente complicados en este cambio de siglo.

**Cuadro 1.2. Situación actual de la investigación para la paz**

Cambios inmediatos	Resultados
Énfasis en los factores internos de los conflictos	Predominio de Ciencias Sociales y Humanas Prevención, mediación
Dimensión humana y cultural	Educación para la paz Cultura de paz
Caída de financiación	Cooptación, conservadurismo Academicismo
Debilidad de los movimientos pacifistas	Ampliación de la base temática de la investigación
Riesgo de perder la dimensión internacional y política Riesgo de no ver otras violencias “no-estatales”	

### 1.3. Algunas respuestas

El presente epígrafe pretende indicar algunos problemas de la investigación para la paz, unos de siempre y otros de ahora, y describir algunas respuestas que se están dando en la particular coyuntura que atraviesa el sistema mundial.

12. Ver Jares, X.R., *Educación para la Paz. Su teoría y su práctica*, Madrid, Editorial Popular, 1999<sup>2</sup>.

Un primer problema puede venir de la **biología**: ya puede investigar el científico a favor de la paz, se nos dirá, que la naturaleza del ser humano y, en particular, del hombre es belicosa. Obsérvese que el argumento no es que la violencia tenga base biológica, que casi es una banalidad, sino que la naturaleza humana es violenta. No parece que sea así, a tenor de lo expresado por la conocida “Declaración de Sevilla”, ni tampoco parece que “el sexo de la violencia” (la violencia viril y varonil) sea una buena explicación. La guerra es una institución cultural y, como tal, tiene períodos en los que se da y períodos en los que no se da, mientras la biología permanece relativamente estable. Lo que esta investigación tiene ante sí no es la biología, sino la sociedad humana, lo cual no significa que se eche al niño con el agua sucia: la biología cuenta y hay que introducir este tipo de consideraciones por más que el biologismo sea inaceptable.

Un segundo problema puede venir de la **psicología**: ha habido una investigación para la paz (sobre todo en las variantes que más dependen de esa rama de las ciencias políticas que se llama “relaciones internacionales”) que no ha considerado suficientemente el contenido individual, personal, psicológico de la violencia y no ha dedicado suficientes esfuerzos a la resolución (psicológica) de los conflictos, a la mediación, a la diplomacia paralela, sobre la que sí estaban trabajando otras ramas de la investigación para la paz. Se ha tratado de formas de estructuralismo que casi hacían desaparecer el papel activo y observable de los seres humanos concretos e individuales. Esta desconsideración de lo personal se ha extendido a las versiones geopolíticas que ven, casi como únicos actores, a los Estados o, peor, a las “civilizaciones”. En la medida en que la investigación para la paz ha caído en la seducción de lo cultural ha caído también en la irrelevancia para la resolución de conflictos concretos que, según esta versión extrema, estarían inscritos en las colectividades de forma indeleble e inalterable. El problema, pues, ha sido el de introducir a los sujetos concretos sin caer en el psicologismo o las interpretaciones basadas únicamente en las individualidades participantes. Si así no se hace, se olvida el papel que tiene que jugar la reconciliación después de la violencia y, al olvidarlo, se corre el riesgo de que la paz de hoy sea violencia de mañana.

Un tercer problema puede venir de la **antropología**: hay culturas, se nos dirá, que valoran más la violencia que otras y, una vez dentro de una cultura de la violencia en la que se es educado/enculturado, no se puede salir sin perder las propias raíces. La contrarrespuesta es, antes que nada, semejante a la dada al biologismo: ¿por qué unas “culturas” muestran unas veces comportamientos violentos y otras veces no? No es negar el papel de la cultura, sino negar su papel de variable independiente (y casi única). Está, además, la evidente existencia del cambio cultural

(y hasta del cambio “civilizacional”). Lo que llamamos culturas (o civilizaciones) cambian continuamente y sólo las condiciones particulares que ha atravesado el sistema mundial en los últimos años permite entender el deseo de cosificar y eternizar las culturas. Pero es que, además, es posible promover el cambio cultural. Cuando, desde la UNESCO, se habla de promover una cultura de paz se está diciendo precisamente eso. El problema es, pues, el de introducir la cultura sin caer en el culturalismo y, mucho más complicado, sortear el Scilla del imperialismo cultural y el Caribdis del relativismo cultural.

Un cuarto problema puede venir de la **ciencia política**: hubo, en la vieja investigación para la paz propia de la Guerra Fría, un exceso de “relaciones inter-nacionales”, queriendo decir con ello “relaciones entre Estados”. Sin embargo, la mayoría de conflictos violentos que se encuentran en la actualidad son conflictos “intra-estatales”, para los cuales muchos paradigmas de las “relaciones internacionales” no pueden aplicarse. Sin duda que el Derecho internacional (inter-estatal) tiene cosas que decir y el asunto de las relaciones exteriores y, en particular, el del “derecho de injerencia” (la injerencia humanitaria) debe ser abordado y estudiando desde la investigación para la paz, pero la afirmación de un derecho como el internacional, en un contexto en el que parece que la teoría “realista” es la que todavía predomina, no es muy útil para resolver el conflicto si los fuertes (los países centrales) pueden permitirse el cumplirlo o no cumplirlo según convenga a sus intereses. El derecho, desde esta perspectiva, tendría que ser reivindicado y apoyado desde la investigación por la paz, aunque no fuese más que como medio de defensa del débil.

Un quinto problema viene de las **ciencias sociales**. La investigación para la paz ha trabajado mucho sobre los conflictos armados (inter o intra-estatales), dejando normalmente de lado la violencia de tipo criminal, asesinatos y homicidios, violencia doméstica o malos tratos. Al situar estos fenómenos en otra categoría que quedaba excluida de la investigación, el problema de la violencia bélica se simplificaba en exceso. No es ya que no considerara las clásicas violencias estructural y cultural que definiera Johan Galtung, sino que la violencia directa venía muy reducida en su ámbito de aplicación. Aquí se puede aplicar la analogía con la medicina clínica: es verdad que los investigadores médicos necesitan simplificar al máximo su problema de estudio, pero no es menos cierto que cuando el médico se encuentra con un enfermo delante, se encuentra ante algo muy complejo. Y el objetivo de la medicina (como el de la investigación para la paz) no es dar respuestas simples a problemas simples, sino encontrar interpretaciones de lo complejo que permitan mejorar las condiciones reales de existencia.

Un sexto problema viene del **exceso de “normatividad”** (ya no sólo legal, sino sobre todo ética) que a veces han tenido los estudios para la paz, olvidando las condiciones reales y las posibilidades históricas empíricas. El caso es que es difícil encontrar alguien que diga que está en contra de la paz (otra cosa es que crea que la paz se puede conseguir por medios no-violentos). Pero los ejemplos abundan de “omnipotencia de las ideas”: pensar que todo el mundo lo aceptará si lo que se propone es “bueno, hermoso y verdadero” como decían los escolásticos. No es fácil abstraerse al recuerdo del dicho hegeliano según el cual “si es racional, es que es real”. Desgraciadamente no todas las cosas racionales que presentamos tienen las condiciones de llegar a ser reales. La regla de la democracia (decisión mediante el recurso a la mayoría) podría parecer racional, pero es bien evidente que determinadas partes de algunos conflictos como el vasco no lo aceptan: ni en el caso de las elecciones generales ni en el caso del recurso a un posible referéndum para la independencia.

Un séptimo problema podría venir de la **sociología** levantando acta del exceso de la preocupación por los actores políticos (los partidos y, más en concreto, sus líderes; los gobiernos y, más en concreto, los gobernantes). No es que el sociologismo esté exento de problemas (“lo social” no puede desvincularse de lo económico, lo político, lo cultural y lo militar), pero es que, a veces, los enfoques son tan globales y generales (como el de los sistemas-mundo en el que suelo trabajar) que difícilmente tienen algo que decir sobre la realidad inmediata. De tanto hablar sobre lo general, se acaba diciendo generalidades... que poco sirven para afrontar los conflictos que siempre son concretos e históricos. Pero también es cierto que, de forma atribuible a los medios de comunicación, muchos análisis concretos se convierten en análisis de las declaraciones de los líderes políticos que, sin duda, son importantes, pero que no ocupan todo el escenario: hay más actores.

Volvamos a la analogía con la medicina clínica. La investigación *sobre* la paz, la que tiene a la paz como objeto de estudio, puede hacer todas las simplificaciones que considere oportunas y no va a tener problemas de saber si ha conseguido curar o no al enfermo, ya que no es su cometido. Sin embargo, la investigación *para* la paz, la investigación que podríamos llamar aplicada, tendrá siempre que tratar con la complejidad de los análisis concretos de situaciones concretas, es decir, que también para la investigación para la paz no existen enfermedades (objeto) sino enfermos (cuya salud constituye un objetivo). Por eso hay que escuchar con atención las respuestas dadas desde perspectivas tan diferentes: de todas puede aprenderse algo.

La particular coyuntura que atraviesa el sistema mundial plantea algunos problemas más a la investigación para la paz. La polarización y

pauperización se han acentuado, la lucha por los recursos se ha hecho más aguda y la proliferación de armas de destrucción masiva y del acceso a las armas “baratas” han hecho la violencia más probable y han hecho aparecer nuevos actores en contextos de más difícil conceptualización que los viejos esquemas de la Guerra Fría y sus actores estatales como centrales y casi únicos. A partir de esta nueva situación, la investigación para la paz ha entrado en una etapa en la que la urgencia no viene ya sólo por valores como la paz o la justicia sino por el de la supervivencia de la especie.

No se trata, de todas maneras, de la paz en abstracto (en lo que todos estaríamos siempre de acuerdo) sino en las condiciones de posibilidad de una gestión no violenta de los conflictos mundiales, regionales y, por supuesto, locales. Parece ser que las consecuencias para la investigación para la paz están siendo las siguientes:

En primer lugar, introducir con más énfasis que antes la variable de la **violencia estructural** o, si se prefiere, reintroducir la economía. Las situaciones de pobreza, de injusticia o de inequidad extrema deben ser sometidas a análisis concretos de situaciones concretas. Los ajustes estructurales, las “condicionalidades” para la negociación de la deuda, el desempleo, la polarización, la pauperización o decisiones de política económica son elementos demasiado importantes en los conflictos para no tomarlos en consideración. El “desarrollo” (prescindamos ahora de definirlo) es el otro nombre de la paz. Ahora bien, el “desarrollo” no es sólo algo que tenga que ver con las condiciones internas de un país, sino que también hace referencia a las relaciones entre países entre las que puede darse la misma violencia estructural que se da dentro de cada uno de ellos. La cuestión a responder, en ambos casos, no va a ser la de cómo denunciar tal situación, sino la de cómo encontrar medios (reformistas o revolucionarios, eso aquí no se discute) para afrontar esas situaciones extremas, como se verá en el capítulo 10. Desear ardientemente que cambien o “exigir” de manera infantil su desaparición, no va a producir su cambio y hay que optar (es una opción moral) entre la pequeña mejora reformista de hoy y la esperanza en un cambio revolucionario de mañana, tanto para los países como para las relaciones entre ellos.

En segundo lugar, recordar, pero no magnificar, los elementos de **violencia cultural** para analizar las situaciones de violencia directa. Por un lado, las legitimaciones de la violencia (prejuicios, fobias) que vienen de la cultura, sea ésta tomada en su sentido antropológico sea tomada en el sentido de cultura de masas o sea tomada en el sentido de instituciones culturales –como las religiones organizadas o la educación organizada– que transmiten la “bondad” de matar al otro. Y, por otro lado, las prácticas de represión cultural o, más importante todavía, las prácticas discriminatorias utilizando la cultura o la lengua como instru-

mento. El papel de los medios de comunicación tendría que ser analizado con mucho más detenimiento, sobre todo el de la televisión, aunque sin caer en la conocida tentación de echarle toda la culpa a la televisión. En este caso, más vale trabajar en una “pedagogía de la recepción” (enseñar a recibir críticamente los mensajes) que en un ataque “apocalíptico” a los medios.

En tercer lugar, ser capaces de **aprender también de los aciertos** y no sólo quedarse en la “explicación brillante de lo mal que estamos”. Existen procesos de resolución pacífica de conflictos, procesos de reconciliación incluso, que han funcionado de forma razonablemente buena. Pueden llamarse, si se quiere, situaciones de “paz imperfecta”, según la práctica del Instituto de la Paz y los Conflictos de la Universidad de Granada, que tendrían que ser estudiadas con la misma atención que los conflictos no resueltos y las guerras. No se trata, obviamente, de aplicar las recetas de un sitio a otro, pero sí de ejercitar el ojo clínico, de aprender de los actores y entender los impulsos iniciales y los de mantenimiento y los resultados de procesos como el de la reinserción de guerrilleros del M-19 en Colombia y ver hasta qué punto arrojan nueva luz sobre otras situaciones. O aprender de las instituciones de sociedades, aunque sean “primitivas”, que permiten una gestión menos violenta de los conflictos.

En cuarto lugar, la investigación puede seguir siendo académica, pero debe **dejar el academicismo**, ese orientar las actividades según los objetivos, normas y valores de la “academia” siempre dispuesta a disputar etológicamente por lo banal (“este tema es mío”) y a producir descripciones y cuantificaciones que a poca gente interesan. En cambio, debe ligarse lo más posible a los movimientos sociales y demás actores no académicos sean “buenos” o “malos”, “importantes” o “marginales”, que son distinciones de escaso interés desde un punto de vista empírico (grupos marginales hoy, pueden ser mayoritarios mañana y la clasificación en buenos y malos depende, muchas veces, de quién sea el vencedor).

En quinto lugar, **practicar la empatía**. Una buena parte de la investigación para la paz ha mostrado una tendencia a tomar partido por una de las partes en el conflicto, buscando rápidamente al culpable, todo ello sin procurar entender a todas las partes. Esto último es un trabajo difícil, poco gratificante y poco movilizador, pero marca la diferencia entre un movimiento social-político (que sí toma partido) o una intervención humanitaria que no toma partido pero sí actúa directamente, por un lado, y, por otro, un trabajo de investigación que, por lo menos, tiene que proporcionar un “mapa” del conflicto con una descripción de su tema, sus actores (no sólo los políticos, la política o los partidos), sus respectivos objetivos y estrategias, su base real, además de un mínimo

de prospectiva: qué semillas hay en su interior para un abordaje no violento y qué escenarios pueden vislumbrarse. Si el éxito del movimiento social se mide por cómo se acerca a sus objetivos de acción, el éxito de la investigación para la paz se mide por cómo consigue entender la realidad de forma útil para aquél.

En sexto lugar, reintroducir el problema de la **violencia cotidiana** entre los casos de violencia directa. Para la violencia cotidiana (como puede ser la *kale borroka* en el País Vasco y tantas violencias en América Latina) hace falta conocer a qué tipo de conflicto está respondiendo. Tendría que ser evidente que si la violencia es una de las posibles respuestas a un conflicto, el problema está, antes que nada, en el conflicto mismo. Después, viene la exigencia de analizar la disponibilidad de medios para manifestar esa violencia (por ejemplo, en el caso de los Estados Unidos, la venta de armas). Simultáneamente, es preciso ver cómo se valora en ese contexto la violencia misma, si existe una cultura de la violencia, cómo se transmite y cómo se interioriza. Finalmente, hace falta saber por qué se elige ese objeto para descargar la agresividad derivada del conflicto no resuelto y no otro objeto (que podría ser uno mismo, que no otra cosa son algunas depresiones). Es obvio que estas violencias, como la *kale borroka*, pueden estar manipuladas y es también claro que, a veces, hay un problema policial de por medio. Pero la solución no es denunciar la manipulación y pedir mayor empeño de la policía con incremento de las penas. Lo de la policía puede ser necesario, pero no suficiente. La solución pasa, también y primeramente, por analizar el conflicto que está en el fondo y que, probablemente, tenga que ver con la violencia estructural (desempleo, pobreza, marginación juvenil) y no sólo con la cultural o la política, por más que sean importantes y, en casos como el vasco, determinantes.

En séptimo lugar, **reconocer que la vida humana es conflictiva**. Que el objetivo final no es que no existan conflictos ni en diseñar “the impossible dream” quijotesco de que desaparezca la enfermedad y la muerte en el mundo o que desaparezca la guerra. El objetivo son los enfermos, es decir, intervenir en los conflictos reales de forma que encuentren cauces no violentos para ser abordados, solucionados o transformados. Algunos medios son canónicos, como las cuatro D: Desarrollo, democracia, derechos humanos y desarme. Pero, en todo caso, la intervención no tiene por qué ser de agente fundamental (nada de “filósofo-rey” o de “intelectual orgánico”) sino de quien clarifica para los demás las opciones abiertas. Son los actores sociales los que tienen que optar, y el investigador, en la medida en que es actor, opta también, pero no tiene un papel privilegiado ni su opción tendría que formar parte, como prejuicio, de su análisis.

## 2. LAS VIOLENCIAS

Puede hablarse de paz partiendo de la paz misma, según el dicho gandhiano ya citado de que “no hay camino para la paz, la paz es el camino”. Y puede hablarse de paz partiendo de lo que muchos dan por su contrario, a saber, la violencia. Cada uno de estos enfoques tiene sus pros y sus contras. El primero, más “idealista”, “utópico”, movilizador, tiene la ventaja de ser positivo y plantear de manera inmediata tareas a realizar. El segundo, más “realista”, “empirista”, dubitativo, tiene la ventaja de presentar los límites a la acción posible, siendo un antídoto para los “optimismos de la voluntad” mediante este “pesimismo de la razón”. De todas formas, desde una perspectiva de la investigación para la paz, este segundo enfoque comporta el riesgo de quedarse en un análisis interminable de lo mal que estamos sin proponer ninguna alternativa o salida para tal situación. Es el caso de los “violentólogos”, que tanto abundaron por ejemplo en Colombia, que conocen todo sobre la violencia y nada dicen sobre cómo superarla.

Si al enfoque que parte de la paz, tarde o temprano se le acaba planteando el problema de la violencia, al enfoque aquí adoptado y que parte de la violencia, debería plantearse, tarde o temprano, el problema de la paz. En el fondo, se trata de evitar el simplismo de pensar que “paz” significa acabar, aquí y ahora, con la violencia visible, directa. Si no se entiende bien la violencia y lo que la subyace (conflictos, percepciones, legitimaciones, motivaciones), difícilmente se la podrá abordar de forma creativa y positiva. En otras palabras, que hace falta entender bien qué es la paz y entender bien lo que es la violencia y las complejas y no tan lineales y mecánicas relaciones que las unen y entender bien los distintos tipos de violencia, igualmente relacionados, con los que hay que trabajar necesariamente. En palabras de David, Comandante General del EZLN, se trata de “la paz con justicia y dignidad”, es decir, acabar con la violencia directa pero sin perder de vista la violencia estructu-

ral (injusticia) y la violencia cultural (alienación)<sup>13</sup>. De momento, veremos en qué situación se encuentra hoy la violencia directa y qué puede hacerse para analizarla.

## 2.1. En qué mundo vivimos

Hay motivos para pensar que nos encontramos en un mundo particularmente violento. Los medios de comunicación no cesan de mostrar casos de sangre en los que individuos, grupos y Estados se enfrentan entre sí produciendo lesiones, heridas y muertes. Esta es una posición común que conviene matizar.

Comencemos con una tipología de la violencia directa según quién sea el actor y el destinatario de tales comportamientos. Hay, por lo menos, nueve tipos diferentes de violencia directa. Algunos ejemplos de cada uno de ellos aparecen en el cuadro 2.1.

**Cuadro 2.1. Ejemplos de violencia directa**

		Destinatario		
		Individuo	Grupo	Estado
Agente	Individuo	Suicidio Homicidio, asesinato Agresión Violencia doméstica	Asesinato “en serie” Agresión racista Agresión fóbica (por ej. homofobia)	Terrorismo individualista
	Grupo	Atentado Linchamiento “Pandillismo” Mutilación (ablación del clítoris, etc.)	Guerra civil Limpieza étnica “Pandillismo”	Terrorismo Guerrilla
	Estado	Tortura Cárcel Pena de muerte	Terrorismo de Estado Genocidio Limpieza étnica	Guerra Terrorismo internacional

Conviene partir de un cuadro tan amplio como el presente para así no perder la perspectiva sobre la violencia, cosa que sucede cuando la discusión se centra sólo en algunos casos porque son más fáciles de gestionar o porque son menos arriesgados, política e intelectualmente, de

13. *La Jornada* (México), 12 de marzo, 2001.

analizar. Es violencia directa la de Eritrea y Somalia y la violencia doméstica, pero, igualmente, es violencia directa la pena de muerte y el aborto. Otra cosa será la valoración ética, moral o política que nos mezcle una u otra, la del terrorismo de Estado frente al terrorismo de una banda armada, la del secuestro frente a la pena de cárcel. Pero no es de condenar uno u otro de lo que se está tratando ahora. Lo que ahora se quiere es tener una visión lo más general posible de las violencias que, como se ve, y bajo la voz “pandillismo” pueden llegar a lo que Gesto por la Paz llama violencia de persecución: “una utilización sistemática de la violencia callejera, el acoso, la amenaza, la agresión y otros medios, incluido el asesinato, para señalar, perseguir, hostigar y aislar a determinadas personas por el hecho de defender públicamente sus planteamientos ideológicos, por su condición de representante de los ciudadanos o por el libre ejercicio de su profesión”.

Algunas de estas violencias han aumentado a escala mundial y han sido objeto de múltiples tratamientos, algunos sólo ocupados por la descripción. Otros, en cambio, no sólo se quedan en el diagnóstico sino que procuran que lleven implícito el pronóstico y la terapia. Tal es el caso de la perspectiva de *Transcend*, la red fundada y dirigida por Johan Galtung y su presentación de 40 conflictos importantes en los últimos 40 años<sup>14</sup>.

A dicha escala mundial y por empezar por la casilla superior izquierda del cuadro, las tasas de homicidios, que eran de 5,8 por 100.000 habitantes en 1980-1984, han pasado a 8,8 en 1990-1994 y, probablemente, algo parecido ha sucedido en lo referente a la violencia de individuos contra grupos o de grupos contra individuos. El caso más elocuente es, probablemente, el de la violencia doméstica en la que la frustración, el machismo, los desórdenes de la personalidad y los abusos de drogas legales e ilegales se unen o se mezclan en proporciones variadas, pero produciendo una creciente ola de sucesos que, a su vez, viene magnificada por el aumento de las denuncias.

No es fácil saber si ahora hay más agresiones domésticas que, digamos, hace 20 años. Probablemente, sí<sup>15</sup>. Lo que sí es seguro es que ahora se denuncian más, efecto de una nueva conciencia por parte de las víctimas más frecuentes, las mujeres, que se extiende a una mayor conciencia de las diferentes formas de violencia que sufren los niños en la actualidad. El Centro para el Estudio y Prevención de la Violencia (Centre for the Study and Prevention of Violence) tiene una página en Internet con múltiples direcciones para casi todo lo que encaja en esta prime-

---

14. Ver Galtung, J. y Jacobsen, C.G., *Searching for Peace. The road to Transcend*, Londres, Sage, 2000, especialmente los capítulos 3.1, 3.2 y 3.3, firmados por Galtung.

15. Ver el dossier “Mujeres y violencia” en *Papeles de cuestiones internacionales*, 73 (2001), págs. 15-111.

ra casilla de la violencia del individuo contra el individuo y que incluye maltrato de niños, maltrato de ancianos, violencia juvenil, violencia sexual, suicidio, criminalidad, violencia en el trabajo etc. Puede encontrarse, en inglés, en <http://stripe.colorado.edu/~cspv> (en la Comunidad Valenciana, el Centro Reina Sofía para el Estudio de la Violencia: [www.gva.es/violencia](http://www.gva.es/violencia)). Un caso particular lo supone el asesinato de niñas, nacidas o antes de nacer, es decir, el infanticidio practicado en diversos países (el más conocido es la China, pero no es el único) y que hace estimar que en Asia “faltan” cien millones de mujeres que, de no haber mediado el aborto o el infanticidio, estarían vivas.

Sin embargo, los datos para las restantes casillas no son tan elocuentes. Es cierto que al haber aumentado la pobreza a escala planetaria, hay razones para pensar que la violencia de esos otros tipos tendría que haber aumentado, aunque la relación no sea tan directa y mecánica como a veces se pretende<sup>16</sup>. De hecho, y aunque la pobreza y la desigualdad sean factores evidentemente “violentógenos”, no toda la violencia puede atribuirse a tales factores. También es cierto que los medios están haciendo esos hechos más conocidos, en tiempo real, con imágenes muy vivas, impactantes, y que ese “bombardeo” se convierte en la fuente de la creencia de que vivimos en el más violento de los mundos posibles, cosa que, por cierto, puede acabar convirtiéndose en una profecía que se autocumple.

Sí sabemos, en cambio y en el extremo opuesto del cuadro, que el número de guerras entre Estados ha disminuido en los últimos años: de más de 20 al año en los años 60, a menos de 10 en los años 90. Pero ésa es sólo una cara de la moneda: las guerras dentro de los Estados se han disparado desde principios de los años 70. Son las “guerras inciviles”, de alguna forma iniciadas por la última guerra civil española. Los datos para el período posterior a la Segunda Guerra Mundial son convincentes: desde 1945 hasta principios de los años 70 había más conflictos violentos entre Estados que dentro de los Estados. A partir de entonces, las líneas, en un hipotético gráfico, se separarían y los conflictos armados dentro de los Estados (guerra civil, guerrilla) llegan en los 90, en algún año, hasta una cifra de 60. Sobre los casos recientes hay abundante información en la red y fuera de ella. Algunos ejemplos asequibles en Internet están en el cuadro 2.2.

Esta abundancia de conflictos armados intraestatales no debe llamar a engaño: no son conflictos “aislados” en los que nadie de fuera interviene. Es, como se sabe, exactamente lo contrario. En estas confrontaciones intraestatales suele haber presencia extranjera en sus orígenes

---

16. Ver Martínez Román, M.A., “Violencia estructural”, en *Educación para la paz*, Cortina, A., (coord.), Valencia, Generalitat Valenciana, próximo, cap. 2.

### Cuadro 2.2. Fuentes en Internet sobre conflictos armados

En lenguas españolas:

[www.cip.fuhem.es/observatorio](http://www.cip.fuhem.es/observatorio)

Observatorio de conflictos del Centro de Investigación para la Paz, informes de países, indicadores básicos.

[www.ub.es/solidaritat/observatori](http://www.ub.es/solidaritat/observatori)

Observatorio de la Universidad de Barcelona, en castellano y catalán.

En otras lenguas y con contenidos semejantes:

[www.incore.ulst.ac.uk/cds](http://www.incore.ulst.ac.uk/cds)

[www.britannica.com/worldsapart](http://www.britannica.com/worldsapart)

[www.historyguy.com](http://www.historyguy.com)

[nt.oneworld.org/cfdocs/icrc](http://nt.oneworld.org/cfdocs/icrc)

[www.dwcw.org](http://www.dwcw.org)

Acceso a bases de datos (Journal of Peace Research):

[www.prio.no/jpr/datasets.htm](http://www.prio.no/jpr/datasets.htm)

Mapas (conflictos de los años 90, desigualdad etc.):

[www.monde-diplomatique.fr/cartes](http://www.monde-diplomatique.fr/cartes)

(por ejemplo, el petróleo en Nigeria) o en su desarrollo (por ejemplo, la compra de diamantes de Sierra Leona) o en sus medios (por ejemplo, la venta de armas a los contendientes) o en cualquiera de sus partes que no excluye el intervencionismo humanitario en algunas de sus fases, de lo que se hablará en el capítulo 5. El caso del Congo es particularmente complejo: además de la complicación interna, ha habido seis países extranjeros involucrados, de los cuales sólo uno, Ruanda, lo está por motivos de seguridad. Los demás se encuentran allí por motivos de acceso a recursos. Y lo mismo puede decirse del enfrentamiento entre el Norte y el Sur en el Sudán: que hay que introducir a las empresas petroleras (incluso chinas y malaysias) y al *lobby* afroamericano partidario del Sur. Lo que sí se sabe es que, en contra de lo que se suele creer, el motivo fundamental de estos conflictos “internos” no es étnico, religioso o político sino básicamente económico. Hay conflictos étnicos, cierto, pero la mayoría de los aparentemente étnicos resulta ser conflicto motivado por la economía. Por lo menos eso es lo que concluye un informe del Banco Mundial (“Economic Causes of Civil Conflict and their Implications for Policy”) después de haber analizado 49 guerras civiles desde 1960 a 1999 (ver texto en inglés en [www.worldbank.org/developmentnews](http://www.worldbank.org/developmentnews)). Además, los episodios de violencia nacionalista parecen haber disminu-

do en los últimos 10 años coincidiendo con el despegue económico a escala mundial como era previsible<sup>17</sup>.

En el extremo superior derecho del cuadro 2.1, el referido a la violencia del individuo contra el Estado, los casos prácticamente se han esfumado. Aquel tipo particular de anarquismo individualista, capaz de atentados, magnicidios o tentativas de los mismos pensando que así el pueblo tomaría conciencia, ha desaparecido casi por completo. Pero no puede decirse lo mismo del vértice opuesto a éste, el de la violencia del Estado contra el individuo. En diversos países (y en varios Estados dentro de los Estados Unidos de América) la pena de muerte retorna, se aplica y los destinatarios de este tipo de violencia aumentan. Probablemente, la tortura no sólo no ha desaparecido en el mundo sino que ha podido aumentar. En 1999 había 132 países que practicaban la tortura, 7 más que en 1998, según el *Informe* del año 2000 publicado por Amnistía Internacional. Siempre según Amnistía Internacional (*Un comercio execrable: El comercio de la tortura*), hay unas 165 empresas que proporcionan grilletes, pernos o agentes paralizantes a escala mundial. De ellas, 64 (casi un 40 por ciento del total) tienen su sede en los Estados Unidos y la inmensa mayoría la tiene en países ricos o del centro. En el caso de España, el negocio de las “armas de la tortura” mueve 11 millardos de pesetas al año, aunque la cifra resulta imposible de verificar: “hay secretos que matan”, según el dicho de la campaña a favor de la transparencia en el comercio de armas. El aumento de la tortura (y de los beneficios de las empresas que proporcionan material para la misma) se produce a pesar, aquí como en el caso de la violencia contra las mujeres, de la creciente movilización de organizaciones gubernamentales y no gubernamentales que luchan por la defensa de los derechos humanos en general y del derecho a la vida en particular.

A este último respecto, tal vez valga la pena recordar que la pena de muerte está prohibida en 108 países, pero que es practicada en grandes democracias como los Estados Unidos, la India o el Japón. De hecho, para 1999, el 85 por ciento de las ejecuciones producidas en el mundo se habían llevado a cabo en los Estados Unidos, la China, Congo, Irán y Arabia Saudita. Como se ve, la posición de los Estados Unidos es curiosa: abolida allí la pena de muerte a principio de los años 60 y reintroducida en 1976 en diversos Estados de la Unión, tuvo un aumento espectacular de ejecuciones hasta el casi centenar en 1999, llegando a 642 casos en total y con un récord, igualmente impresionante,

---

17. Tortosa, J.M., *El patio de mi casa: El nacionalismo dentro de los límites de la mera razón*, Barcelona, Icaria, 1996. Para la participación extranjera también en la paz, ver Miller, B., “The Global Sources of Regional Transitions from War to Peace”, *Journal of Peace Research*, XXXVIII, 2 (2001), págs. 199-225.

de errores judiciales, es decir, de ejecuciones de personas probablemente inocentes, cosa particularmente denunciada en Tejas, con 218 ejecuciones desde la reimplantación en 1982, de las que 40 se basaron en un juicio con sólo un testigo o incluso ninguno y 23 tuvieron como único testigo a un confidente carcelario que, como es sabido, no es una fuente muy fiable (Ver en [www.thejusticeproject.org](http://www.thejusticeproject.org) el informe “The Broken System” sobre los errores judiciales en las penas de muerte estadounidenses).

Si ahora tomamos una perspectiva temporal un poco más amplia podemos hacernos una idea de lo que está sucediendo: la violencia directa se está haciendo más dispersa y difusa y menos concentrada. Tomemos el caso de los genocidios. El artículo 2 de la Convención de Naciones Unidas sobre el Genocidio lo definía como “cualquier [acto] que intenta destruir, en todo o en parte, a un grupo nacional, étnico, racial o religioso”. Algunos genocidios han tenido presencia en los medios, como el de los judíos a manos nazis en diversos países de Europa. Otros son menos conocidos, como el de los armenios en 1915 que pudo llegar a 800.000 muertes o incluso olvidados como el de los 500.000 gitanos muertos bajo Hitler o los 10 millones (no 6) de habitantes del Estado Libre del Congo, propiedad personal del rey de los belgas Leopoldo II, que murieron allí entre 1885 y 1908. El tema bien vale una discusión y para ello hay algunas páginas en Internet llenas de información y de recursos educativos, como aparece en el cuadro 2.3.

En muchos de estos casos, la violencia no es vista ni expuesta sino que incluso es negada sistemáticamente por los que la llevan a cabo. Ahora bien, cuando se produce, es masiva, metódica, puntual, localizada, como lo fue el innecesario bombardeo nuclear de Hiroshima y el todavía más innecesario bombardeo de Nagasaki, como se sabe en el

### **Cuadro 2.3. Páginas en Internet sobre genocidios**

[www.webster.edu/~woolfm/holocaust.htm](http://www.webster.edu/~woolfm/holocaust.htm)

Datos, cronología, discusiones recientes y recursos pedagógicos.

[www.people.memphis.edu/~genocide](http://www.people.memphis.edu/~genocide)

Bibliografía “on-line”, recursos para la enseñanza y la investigación.

[www.ncpa.org/pi/internat/pdinter](http://www.ncpa.org/pi/internat/pdinter)

Colectivizaciones forzosas, deportaciones étnicas y otras violencias bajo el comunismo realmente existente

[www.gulag.com/gulag\\_about.html](http://www.gulag.com/gulag_about.html)

Para los campos de concentración en la Unión Soviética, los Estados Unidos de América, China, Sudáfrica etc.

Japón y se niega en los Estados Unidos. En cambio la violencia contemporánea tiene mucho más que ver con conflictos de múltiples actores, difusos muchas veces, confrontaciones en las que las muertes se producen en cualquier parte (y, las más de las veces, fuera de los en muchos casos inexistentes campos de batalla). No es difícil recordar casos en los que militares, guerrilleros, bandidos, paramilitares y pandilleros se mezclan de tal forma que resulta difícil conocer las fronteras reales entre cada uno de ellos y los restantes, como se verá en el capítulo 4.

Un efecto particularmente terrible es la progresiva presencia de civiles entre las bajas causadas por las guerras. Las muertes en guerra durante la Segunda Guerra Mundial habrían sido, por lo menos, 48 millones de personas. Desde el fin de dicha Guerra habrían sido 19 millones de personas ocupando los europeos un porcentaje mínimo entre ellas. En 1998 habrían sido 110.000 las muertes producidas por la guerra, 60 por ciento de las cuales en el África al sur del Sahara. Pero lo más interesante está en el porcentaje que los no-combatientes ocupan en el total de muertes por guerra: en la I Guerra Mundial los militares muertos en combate podrían haber sido un 85 por ciento del total (15 por ciento, pues, para los civiles); en la II Guerra el porcentaje habría pasado, respectivamente, a un 35 por ciento y a un 65 por ciento, siendo, pues, compuesta por civiles la gran mayoría de víctimas; en algunos conflictos armados actuales los militares muertos llegan con dificultad al 15 por ciento frente al 85 por ciento de muertos no-combatientes, en buena proporción mujeres y niños.

Esta violencia contemporánea, tomada a mucho más largo plazo, adquiere caracteres todavía más sombríos. Las estimaciones del número de muertes en combate o relacionadas con él, en números absolutos, en proporción al número de habitantes y por guerra, no ha hecho sino aumentar a lo largo del segundo milenio, asunto al que se volverá en el próximo capítulo. El milenio ha visto cómo el número y los porcentajes de muertos por violencia bélica crecían desde todos los puntos de vista imaginables, haciendo crecer serias dudas sobre la pretendida civilización o sobre la mucho más pretendida “modernidad” y haciendo crecer serias dudas sobre la viabilidad de la especie.

## 2.2. Para analizar las violencias

La “Declaración de Sevilla sobre la Violencia”, propiciada por la UNESCO y firmada en 1986 básicamente por científicos de las llamadas “ciencias de la naturaleza”, sin menospreciar las aportaciones de dichas ciencias, reconocía indirectamente que los fenómenos relacionados con la violencia se entienden mejor desde las llamadas “ciencias del espíri-

tu” (ciencias humanas, ciencias sociales, ciencias históricas) que son las que mejor pueden responder a la pregunta “por qué en unas épocas hay más violencia –o más de un determinado tipo– que en otras” y que, en términos de la Declaración, se concretaba diciendo que “la guerra es posible biológicamente, pero no es inevitable, como lo evidencia su variación de ocurrencia y naturaleza a lo largo del tiempo y el espacio”. Tal posición concluía diciendo: “Del mismo modo que la guerra comienza en las mentes de los hombres, la paz también comienza en nuestras mentes. La misma especie que inventó la guerra es capaz de inventar la paz. La responsabilidad está en cada uno de nosotros”.

No se trata, pues, de minimizar el papel de las “ciencias de la naturaleza” para entender estos fenómenos, pero tampoco de magnificarlo practicando un peligroso reduccionismo que, a la larga, puede llevar a la justificación de la violencia. De la misma manera, no se trata de magnificar las “ciencias del espíritu” practicando el mismo reduccionismo. En cambio, lo que se pretende decir en este epígrafe es muy sencillo: analizar bien la violencia es una forma de educar para la paz; eso sí, siempre que no nos quedemos atrapados en la fascinación por la violencia favorecida por tantos conductos ni practiquemos reduccionismos, pretendiendo que unos pocos factores o enfoques lo explican todo. La violencia, efectivamente, es un fenómeno particularmente complejo. La paz, como se ha visto en el capítulo anterior, también.

Una forma de iniciar el análisis de cualquiera de estas violencias directas es la de distinguir los casos en los que la violencia manifiesta un problema anterior (frustración, opresión, marginación, fragmentación, alienación) y aquellos casos en los que la violencia es un medio para alcanzar un fin (conseguir territorio, poder, bienes, satisfacción, venganza). Lo que inmediatamente se ve al plantearlo así es que lo importante de la violencia está *fuera* del comportamiento violento. Si se quiere, la violencia es una (no la única) respuesta a un conflicto. Desde este punto de vista, la paz no es acabar con el conflicto sino trabajar por impedir que se transforme en violencia. Veámoslo por partes siguiendo diversos textos de Johan Galtung ([www.transcend.org](http://www.transcend.org)).

Comencemos por ver qué es un conflicto, que no es otra cosa que una relación entre partes que tienen objetivos incompatibles sobre un tema. Las partes pueden ser internas al individuo o grupos diferentes dentro de un Estado o Estados diferentes. Lo importante, por ejemplo, en el caso vasco no es contar el número de muertes o los episodios de *kale borroka* o el número de presos y sus condiciones o los casos (al parecer ya inexistentes) de tortura o de terrorismo de Estado. Lo importante es conocer dónde está el conflicto: que actores –internos y externos– tiene, qué objetivos persigue cada uno de ellos con respecto a qué tema (independencia, autonomía, unitarismo, soberanismo etc.) y por qué son

incompatibles. Un conflicto es que dos actores (israelitas y palestinos o, mejor, los representantes de cada uno) quieran tener jurisdicción *no compartida* sobre una ciudad, en este caso Jerusalén, o que dos actores tengan ideas opuestas e incompatibles sobre la independencia, autonomía o dependencia de un territorio como el País Vasco o que tengan ideas opuestas sobre qué territorios deben estar incluidos en dicho “País”. No se puede, en efecto, ser independiente y estar incluido en el Estado Español ni se pueden incluir y excluir simultáneamente Navarra o los territorios franceses.

El análisis también puede comenzar por los temas del conflicto, esos asuntos que estructuran la contradicción (territorio, poder, recursos etc.), y ver cómo los actores van tomando posiciones con respecto a esos temas a lo largo del tiempo; cómo se van acercando o alejando; cómo, en su caso, se polarizan; cómo, algunas veces, esas posiciones cristalizan de forma que la frustración por no conseguir los fines propios tiende a transformarse en agresividad; y cómo, por qué y en qué condiciones esa agresividad, en algunas ocasiones, pasa a la acción violenta y cómo la violencia directa tiende a reproducirse (la violencia produce violencia).

Porque ésa no es la única salida para el conflicto. Es obvio que la violencia es una de las respuestas: ante objetivos incompatibles, ganará el que más pueda y eso se demuestra en la confrontación directa. Puede servir de ilustración el largo y, por el momento, solucionado conflicto entre el Perú y Ecuador sobre sus fronteras mutuas: dos países que dicen tener el mismo derecho a ocupar el mismo territorio y que encuentran la solución en las armas.

Otra forma de responder al conflicto mediante la violencia es cuando se pretende hacer desaparecer físicamente al contrario (“limpieza étnica”, genocidio). Esto puede ser algo instrumental (si la otra parte del conflicto desaparece físicamente, el conflicto ha terminado) pero también puede tener un carácter desplazado. Son los casos en los que el conflicto está en otra parte, pero se manifiesta con fenómenos genocidas o de “limpieza étnica”, linchamientos, desórdenes públicos contra minorías, etc. Se puede dar esa interpretación a los ataques primero a chinos y después a católicos acaecidos en Indonesia después de la llamada “crisis asiática” de 1997: la frustración vivida por la población encontró en los chinos y los católicos un “chivo expiatorio” sobre el que descargar su agresividad. Pero también puede ser la de los últimos choques entre el Perú y Ecuador: el “enemigo” fue construido para hacer olvidar a los respectivos ciudadanos las crisis internas de cada uno de los Estados, cosa que podría volver a suceder en el futuro.

Sin embargo, se pueden pensar otras respuestas al conflicto. Por ejemplo, que gane quien tenga razón, para lo cual las partes tienen que

someterse al criterio de instancias superiores (en el ejemplo Perú-Ecuador, así se hizo con los Países Garantes) que adjudicarán “a cada uno lo suyo” (*a ciascuno il suo*). Los conflictos territoriales, como el de Noruega-Dinamarca en 1933, sometidos al Tribunal Internacional de La Haya y con dictamen aceptado por las partes son ejemplos de esta otra respuesta. Quién tenga razón, de todos modos, es una respuesta bastante inútil para muchos de los fenómenos de violencia directa que ahora estamos viendo, sobre todo cuando las diferentes partes implicadas han trabajado por convertir el conflicto en historia. Por lo general, las diferentes partes mostrarán lecturas diferentes de la historia, eligiendo, como un abogado, aquello que les conviene y obviando lo que no. El recurso a la historia en el conflicto Palestina-Israel es particularmente frustrante ya que cada parte puede remontarse a (o detenerse en) la época que más conviene a sus intereses, esquema de comportamiento bien conocido en los conflictos nacionalistas tanto irredentistas como secesionistas y en los que el vasco no es una excepción.

Hay más formas de dar respuestas al conflicto: puede ganar quien más suerte tenga o quien no abandone y aplique el principio “para ganar, resistir”. O puede haber un compromiso entre las partes (ni para ti ni para mí; la mitad para cada uno; *do ut des*, etc.). Y, por supuesto, aunque poco frecuente, pueden ganar todos si entre todos se consigue trascender o transformar el conflicto.

El ejemplo que suele poner Johan Galtung para ilustrar esta última posibilidad es el del problema de cómo repartir 8 naranjas entre 3 niños de forma *absolutamente* justa. Podemos discutir incesantemente sobre las soluciones extremas (matar un niño, por ejemplo, o añadir una naranja “virtual” o hacer desaparecer dos de las naranjas), pero la mejor forma de abordarlo será viendo que podemos repartir de forma justa las 8 naranjas... haciendo zumo, que es la transformación o transcendencia del conflicto. En el ejemplo antes citado de Jerusalén podría ser el condominio o la jurisdicción sucesiva y rotatoria o partición. Soluciones hay<sup>18</sup>, lo que ya no está tan claro es que puedan ser aplicadas en el proceso político realmente existente. Lo mismo puede decirse del caso vasco. De nuevo, la paz no viene por encontrar una solución como si se tratara de un sistema de ecuaciones: hay que encontrar también el camino que lleve a la aceptación de esa u otra pretendida solución que no lo será hasta que no sea aceptada por los actores.

Supongamos, de todas formas, que ya tenemos el conflicto y que ese conflicto ha llevado a la violencia directa, que es el supuesto clásico

---

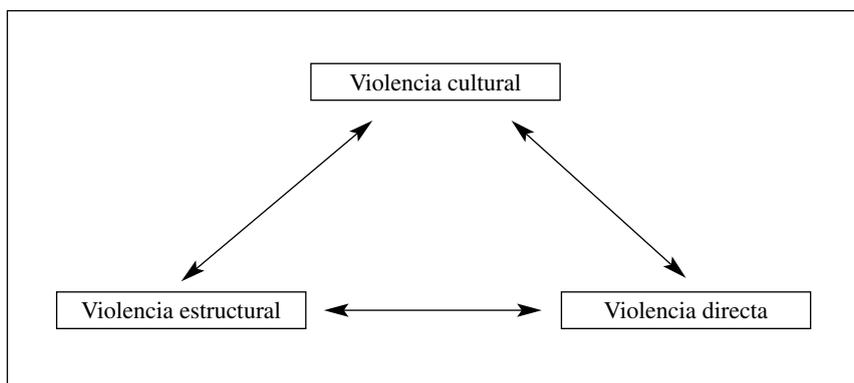
18. Ver Smooha, S. y Th. Hanf., “The Diverse Modes of Conflict-Regulation in Deeply Divided Societies”, *International Journal of Comparative Sociology*, XXXIII, 1-2 (1992), págs. 26-47.

de la investigación para la paz, como ya se ha dicho. El caso de la violencia individuo a individuo es el primero a considerar. Gandhi ya indicaba que si no había cambios en los individuos, no se podría llegar a una sociedad en paz (*sarvodaya*). El paso, pues, desde esta perspectiva, comienza con hacer las paces consigo mismo y exteriorizar esa paz. Poner más juzgados para los malos tratos o aumentar las penas para el homicidio no van a la raíz del problema si no sabemos a qué están respondiendo esos comportamientos. Lo mismo puede decirse de las violencias que implican a grupos o a Estados. En general, el aumento de tribunales o el aumento de las penas no suele servir para que tales comportamientos disminuyan. Los últimos años de la Presidencia de Clinton vieron disminuir el número de crímenes, en particular de los violentos. La razón no fue el aumento de las penas (no se encuentra ninguna relación entre pena de muerte y cambio en la proporción de delitos), sino el aumento de policía pública. Los tribunales son particularmente inútiles si se trata, como en el caso de la Corte Penal Internacional, de un tribunal al que Estados Unidos niega que se pueda llevar a ninguno de sus funcionarios.

Antes que nada, cuando se trata de violencias que implican a grupos o a Estados, es preciso situar esa violencia directa, como se hace en el gráfico 2.1., en el contexto de otras dos formas de violencia con las que tiene relación: por un lado, la violencia estructural (la pobreza, la injusticia, la opresión política) y, por otro, la violencia cultural (las legitimaciones de la violencia directa y de la estructural, las represiones culturales). Y es preciso hacerlo porque hacer la paz no es acabar con la violencia directa dejando intactas las otras dos.

Las tres violencias forman un triángulo que permite plantear el análisis de cualquier conflicto desde cualquiera de sus vértices y, desde éste,

**Gráfico 2.1. Las tres violencias**



ir a cualquiera de los otros dos, volver, seguir o cualquiera de las posibilidades de movimiento. Se puede empezar, en efecto, por la violencia directa y ver qué violencia estructural la subyace (cómo, por ejemplo, se entiende mejor el caso de la ex-Yugoslavia si introducimos cómo fue gestionada la deuda externa de la Federación en el paso al post-titoísmo) o ver qué violencia cultural la legitima (serbios ortodoxos y que escriben con caracteres cirílicos frente a croatas católicos y que escriben con caracteres romanos). O se puede iniciar el análisis desde la violencia estructural (la pobreza como forma de violencia y como una de las causas de violencia directa) o desde la violencia cultural y así sucesivamente.

Para el caso ya concreto de violencia directa, el primer paso, consecuentemente, será confeccionar el “mapa del conflicto”. La historia del conflicto también puede ser importante. Podemos descubrir, por ejemplo, evidentes responsabilidades por parte de los “colonizadores” en el modo con que “civilizaron” y en el modo con que dieron la independencia, cosa particularmente visible y especialmente “invisibilizada” por los europeos en el caso de Africa. O podemos descubrir que la Guerra Fría tuvo como una de sus consecuencias que los conflictos asociados con la independencia *no* fueran abordados, quedaran enquistados y reaparecieran, terminada la confrontación USA-URSS, cuando más difícil podía ser el abordarlos pacíficamente (y ésta es una de las razones por las que la violencia se ha hecho intraestatal) O pueden existir diversos “memoriales de agravios”. Pero, como se ha dicho, la historia no siempre es útil para hacer la paz, sobre todo cuando lo que se pone encima de la mesa son versiones interesadas de la historia y, por tanto, divergentes o contrapuestas. Es preferible, entonces, para la paz, que se intente hacer el “mapa” del conflicto.

Para ello necesitaremos individuar las partes, los fines que persiguen y los asuntos que estructuran el conflicto. La partes raramente son dos y el “culpable”, de haberlo, raramente es uno sólo, aunque los medios de comunicación tienden a transmitir esta versión simplificada de los hechos, por ejemplo, presentando a los zapatistas *frente* al supremo gobierno, el del Presidente, y planteando la cuestión como si fuese una competición deportiva, preguntando quién gana y quién pierde. Visto así, el conflicto no puede entenderse por más que ésa pueda ser la contradicción principal, pero no el motivo del conflicto. Pero es que, incluso desde el punto de vista del número de actores, hay más dentro de la clase política mexicana y dentro de los zapatistas mismos, además de otras partes jugando papeles complicados a favor de unos u otros o entre ambos, como puede ser la Iglesia Católica. En todo caso, y como ha indicado Enrique Krauze<sup>19</sup>, “al margen de su indudable popularidad entre

---

19. “Nueve inexactitudes sobre la cuestión indígena”, *El País*, 8 de marzo, 2001.

cientos de miles de personas, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional no puede arrogarse la representatividad de 10 millones de indígenas (mucho menos de 40 millones de pobres)” y el conflicto real no se reduce a la cuestión indígena sino que es mucho más amplio ya que “las verdaderas prioridades no tienen mucho que ver con la reivindicación étnica, sino con la urgente mejoría económica y social y el establecimiento de un pleno y moderno Estado de derecho”. De todas formas, conviene no dejarse llevar por la ley del péndulo y volver al bandazo de la economía como (único) determinante en última instancia después del bandazo de la cultura como (único) determinante en última instancia. Julio Boltvinik es particularmente sensato al afirmar que “la pobreza por sí misma no puede explicar el levantamiento del EZLN, ni la lucha zapatista. Expresa, sin embargo, el contexto en que se produce el levantamiento y las condiciones en que tendría lugar la reconstrucción del tejido social y la construcción de la autonomía indígena real”<sup>20</sup>.

El principio general, para esta etapa del análisis, es que no conviene confiar en las visiones simples del conflicto (ETA contra Madrid, por ejemplo, o viceversa; o hutus contra tutsis o viceversa) ni quedarse en las versiones de quién está ganando y quién está perdiendo sin saber a qué juego se está jugando ni qué están pretendiendo las diferentes partes. Nadie niega que hay “soberanistas” y “constitucionalistas” en la Comunidad Autónoma Vasca. Pero ése no es todo el problema.

Las partes pueden estar totalmente ocultas: intereses comerciales, como explica el informe del Banco Mundial ya citado o algunos informes de la Cruz Roja ([www.onwar.org/warandmoney](http://www.onwar.org/warandmoney)), pueden estar jugando un papel enorme en conflictos que se nos van a presentar como “tribales”, “culturales”, “étnicos” o “religiosos”, confundiendo lo sucedido con la causa; servicios secretos pueden estar haciendo que las cosas parezcan algo distinto de lo que realmente son, como pudo ser el caso de los rehenes al final de la presidencia de Carter y que, unido al “Irangate”, mostró después que no era cuestión del “fundamentalismo” de Jomeini sino resultado de los acuerdos “entre caballeros” entre éste y el entonces candidato a la Presidencia, Ronald Reagan. Algo parecido ha podido estar sucediendo con el caso colombiano. A decir del periódico limeño *La República* (25 de marzo, 2001), el todopoderoso Vladimiro Montesinos, brazo derecho de Fujimori, habría organizado “la compra de 50 mil fusiles AK-47 para las FARC como parte de la estrategia de la CIA para propiciar la intervención militar extranjera”. El plan habría sido gestado por “la CIA para abortar el proceso de paz en Colombia y forzar una intervención militar como única salida a la crisis política ge-

---

20. Boltvinik, J., “La pobreza en Chiapas”, *La Jornada* (México), 9 de marzo, 2001.